

PROYECTO IT15i10036
DESARROLLO DE UNA PLATAFORMA PARA LA EVALUACIÓN DE LA
COMPRENSIÓN LECTORA Y ORIENTACIONES PARA SU INTERVENCIÓN

4° EM NIVEL 7

Material Didáctico Unidad de Intervención Pedagógica

Desenreda tus ideas
ANEXOS

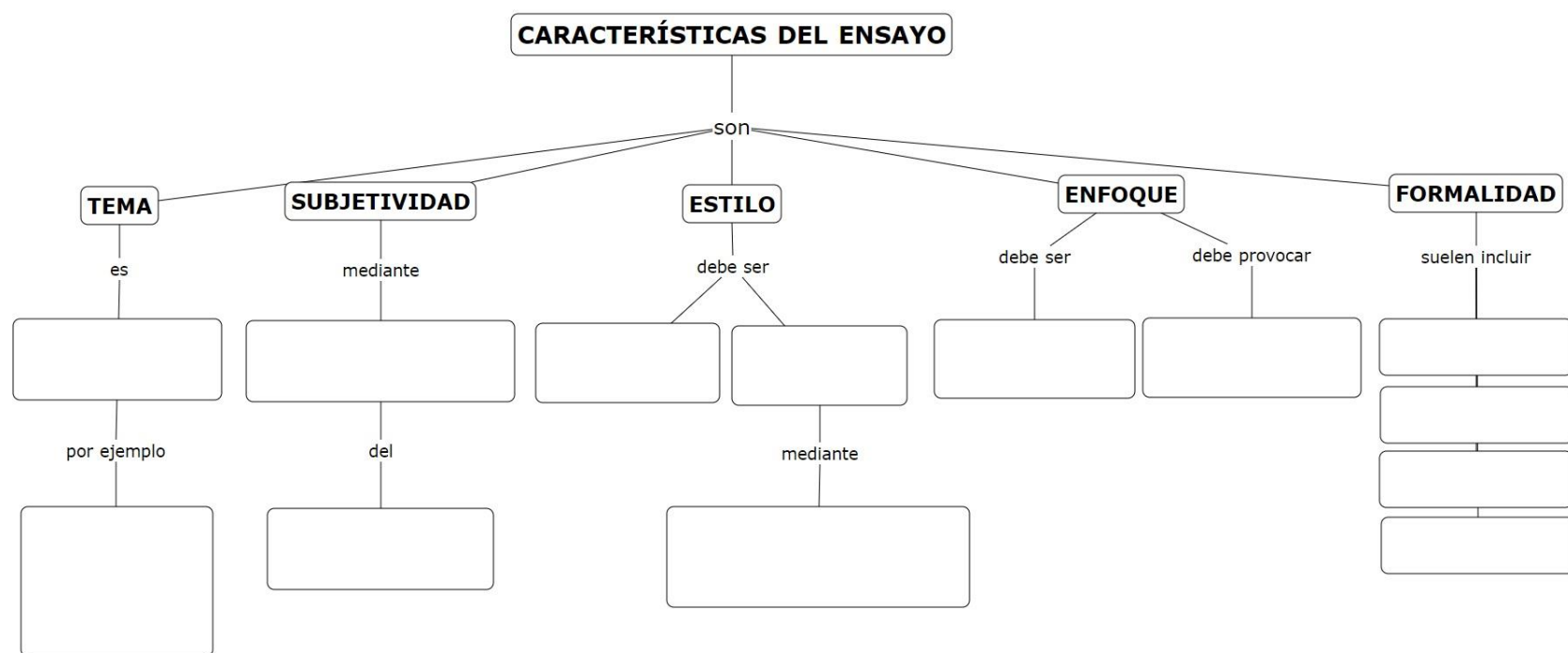


ANEXO 1:

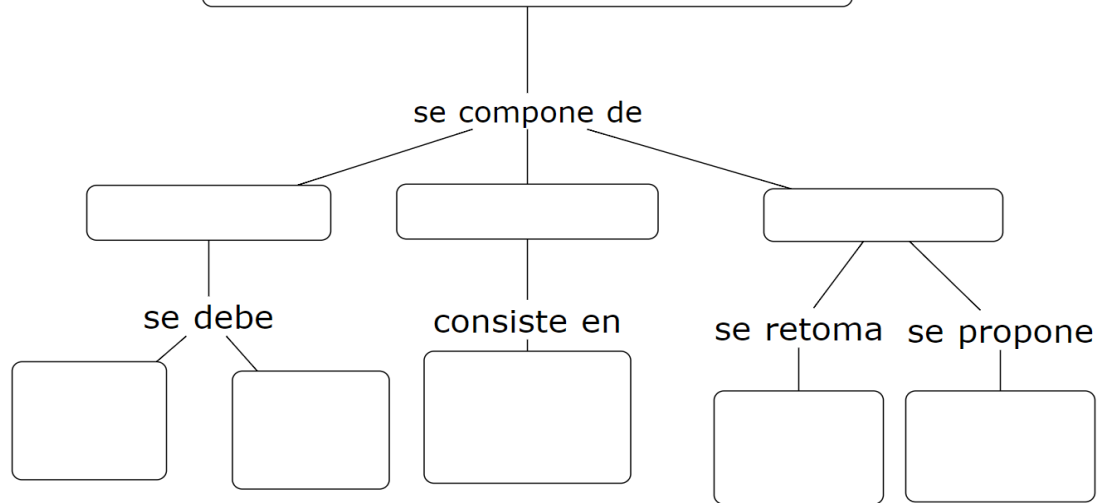
EL ENSAYO

Es un texto **expositivo-argumentativo** en el que se explora un tema desde una perspectiva original. ¿Cuándo nació el ensayo? Si nos remontamos al Renacimiento, nos encontramos con Michel de Montaigne (1533 -1592), escritor francés considerado el precursor del ensayo moderno. Montaigne le otorgó a este género un aire personal y un estilo flexible, evitando el rigor sistemático. A partir del siglo XIX, el ensayo se hace cada vez más presente en diarios y revistas. Ejemplo de ello es el caso de Mariano José de Larra, destacado escritor español, que explora en sus artículos y ensayos temas desde un punto de vista crítico sin dejar de ser atractivo para sus lectores. En Latinoamérica, muchos escritores expresaron reflexiones trascendentes a través del ensayo. Es el caso de Jorge Luis Borges, Octavio Paz, Carlos Fuentes, Sarmiento, Martí, Rodó. En Chile, escritores como Luis Oyarzún y Diamela Eltit han destacado por su contribución al ensayo.

Actividad: Completa los conceptos que faltan de los siguientes mapas conceptuales sobre el género ensayístico, de acuerdo a la explicación dada por tu profesor.



ESTRUCTURA DEL ENSAYO



ANEXO 2:

La mujer y su expresión¹



Victoria Ocampo

Lo primero en que pienso al hablaros, lo principal, es que vuestra voz y la nuestra están venciendo a mi gran enemigo el Atlántico. Que ya lo han vencido. Cada palabra oída simultáneamente en las dos orillas nos exorciza de la distancia. Y contra la distancia he vivido en perenne rebeldía. Por mas que renazca después de cada palabra pronunciada, por mas que inunde todos los pequeños silencios, por mas que surja apenas nuestro soplo no puede prolongarse, sabemos ahora que nuestro grito la traspasa. Sabemos que nuestra voz la mata. Yes para mi una felicidad matarla entre nosotros.

He visto siempre en el Atlántico un símbolo de la distancia. Me ha separado siempre de seres y cosas queridas. Si no era Europa, era America lo que echaba de menos.

Cuando a mi regreso de los Estados Unidos atravesé el canal de Panamá y entre por primera vez en el Pacifico, di gracias al cielo de no haber tenido que sufrir este océano, junto al cual el Atlántico es un Mediterráneo. Y sin embargo comprendo que lo que se interpone entre mí y ese sufrimiento no es el inmenso biombo de los Andes, sino el que trato de no pensar en su existencia. Pues el Pacifico me separa también de países por los cuales sentiría nostalgia si me dejara llevar. No se puede gustar verdaderamente un pedazo de la tierra sin sentir que pertenece a la tierra entera. Por eso los océanos, en cuanto símbolos de la distancia y de la separación, son enemigos míos. Interrumpen a la tierra. Quizá algún día hagamos de ellos hermosos caminos rápidos y seguros. Mientras tanto, hay que navegarlos gota a gota.

Pero pasemos directamente a aquello de que quería hablaros: la necesidad de expresión en la mujer. Tratemos, pues, de olvidar un poco esta alegría de vencer la distancia. Tratemos de olvidar que la victoria lograda sobre la

¹ Tomado del libro *La mujer y su expresión*, Sur, Bs. As., 1936.

distancia esta transformando al mundo; idea que bastaría por sí sola para distraerme de todo lo demás durante la media hora de que dispongo. Convenzámonos de que esta misteriosa victoria momentánea no debe conmovernos ni sorprendernos. Tomemos las cosas extraordinarias con naturalidad, como en los sueños. ¿No he soñado acaso una vez, sin asombro, que vivía en una casa rodeada de un jardín mitad bañado en la luz de la mañana y mitad en la del crepúsculo? Mi voz recorre hoy este jardín de sueños. Mientras que los nuestros están despojados, halla entre vosotros hojas en los árboles, y mientras suena en nuestros cuartos cerrados por el frío, entra en los vuestros con todos los ruidos del verano. Esta idea me encanta, me arrastra tras sí, a pesar mío, como el zumbido de las abejas o el canto de las cigarras en los calores de enero cuando, niña, estaba yo en clase. La persigo, a pesar mío, con tremendo deseo de escaparme de mi tema, de hacerle la rabona —como decimos aquí— de hacer novillos —como dicen allí.

Pero seamos razonables, ya que no hay manera de no serlo.

El año pasado asistí, por casualidad, a la conversación telefónica, entre Buenos Aires y Berlín, de un hombre de negocios. Hablaba a su mujer para hacerle unos encargos. Empezó así: "No me interrumpas". Ella obedeció tan bien, y él tomó tan en serio su monólogo, que los tres minutos reglamentarios transcurrieron sin que la pobre mujer tuviera ocasión de emitir un sonido. Y como mi hombre de negocios era tacaño, en eso paró la conversación.

Pues bien, yo que he sido invitada a venir a hablaros y que se me paga por hacerlo, quisiera decirlos: "Interrumpidme. Este monólogo no me hace feliz. Es a vosotros a quienes quiero hablar y no a mí misma. Os quiero sentir presentes. ¿Y cómo podría yo saber que estáis presentes, que me escucháis, si no me interrumpís?"

Me temo que este sentimiento sea muy femenino. Si el monólogo no basta a la felicidad de las mujeres, parece haber bastado desde hace siglos a la de los hombres.

Creo que, desde hace siglos, toda conversación entre el hombre y la mujer, apenas entran en cierto terreno, empieza por un: "no me interrumpas" de parte del hombre. Hasta ahora el monólogo parece haber sido la manera predilecta de expresión adoptada por él. (La conversación entre hombres no es sino una forma dialogada de este monólogo).

Se diría que el hombre no siente, o siente muy débilmente, la necesidad de intercambio que es la conversación con ese otro ser semejante y sin embargo distinto a él: la mujer. Que en el mejor de los casos no tiene ninguna afición a las interrupciones. Y que en el peor las prohíbe. Por lo tanto, el hombre se contenta con hablarse a sí mismo y poco le importa que lo oigan. En cuanto a oír el, es cosa que apenas le preocupa.



ANEXO 3:

Alfredo Jocelyn-Holt. Historiador. Opinión. **Gratuidad**. Actualizado: 17 Feb 2018.

Dar educación superior gratuita no quita que es costosa y que alguien debe pagar por ella.

Dudosamente los legisladores que aprobaron la Ley de Educación Superior repararon en lo que significa la palabra "gratuidad". El término es equívoco; remite a algo que se consigue sin pagar, aunque también es sinónimo de arbitrario y sin fundamento ("el insulto fue gratuito"). Aplicado a educación superior, puede resultar sorprendente: ¿Al quererla idealmente gratis o de balde, también se la concibe regalada o en extremo barata aun cuando se sepa que es muy cara y alguien, a la larga, siempre va a tener que ponerse con el gasto (i.e. los que pagamos impuestos, el mundo privado que termina subvencionando ofertas políticas de quienes gobiernan o validan leyes deficientes)?

Efectos negativos de la Ley de gratuidad

Las instituciones ya adscritas al régimen de gratuidad han ido descubriendo una serie de efectos que la ley ahora consagra: (1) Tener que doblegarse a criterios, lógicas y cientos de formularios de la autoridad que, fuera de mermar la autonomía de las instituciones, las obligan a uniformarse; (2) tremendos déficits que se han hecho evidentes, puesto que el fisco no cubre los aranceles reales; y (3) al no haber una uniformidad de estudiantes (algunos sí congresados con la gratuidad, otros no), fuertes diferencias sociales probables -alumnos de primera, segunda o tercera clase según si causan pérdidas o producen ingresos (Acción Educar)-, lo contrario que se supone que habría que resolver.

La gratuidad es una forma de propaganda socialista que va en detrimento de la autonomía y calidad de la enseñanza universitaria.

En el fondo, más allá de si posibilita o no la gratuidad universal chuteada para adelante, la ley obliga a adherir a una concepción socialista —a mayor fiscalización, mayor estatización burocrática habiendo platos del Estado de por medio- que lleva a uno preguntarse qué tiene que ver todo esto con la universidad como propósito, inclusive tratándose de planteles públicos. Vista así, la gratuidad sería una postura políticamente interesada que hechos a plena vista (para qué decir en lo sucesivo) vuelven manifiestos. La demagogia produce efectos negativos obvios no reconocidos. Los de un caballo de Troya al descubierto intentando avanzar planes nada nuevos; el tener que amoldarse a estándares externos (agencias y sistemas de acreditación dudosos), no es el único. Las universidades hoy en día, y no solo en Chile, se están convirtiendo en meros "franchises" o licencias para comerciar profesional o académicamente (si hasta la investigación "científica" se ha vuelto un "trade", negocio o comercio).



Reafirma la idea de la baja de la calidad y de lo costosa que resulta la educación superior gratuita.

La gratuidad no es un derecho, sino solo una demanda de gente disconforme con lo que tiene.

Desde tan atrás como el siglo XIX se sabe que la extensión de la mala educación, producto de la masificación, podrá volverla más democrática pero no de mejor calidad (John Stuart Mill). Se sabe, también desde entonces, que en sociedades democráticas nadie cree tener suficiente plata y por eso las demandas convertidas en "derechos" crecen sin límites. En fin, preparémonos para una mediocridad general segura y, peor aún, feroz de cara.



La mujer y su expresión (continuación)

Victoria Ocampo

Durante siglos, habiéndose dado cuenta cabal de que la razón del más fuerte es siempre la mejor (por mas que no debiera serlo), la mujer se ha resignado a repetir, por lo común, migajas del monólogo masculino disimulando a veces entre ellas algo de su cosecha. Pero a pesar de sus cualidades de perro fiel que busca refugio a los pies del amo que la castiga, ha acabado por encontrar cansadora e inútil la faena.

(...)

La mujer, de acuerdo con sus medios, su talento, su vocación, en muchos dominios, en muchos países —y aun en los que le eran más hostiles— trata hoy, cada vez mas, de expresarse y lo logra cada vez mejor. No se puede pensar en la ciencia francesa actual sin pronunciar el nombre de Marie Curie; en la literatura inglesa sin que surja el de Virginia Woolf; en la de América Latina sin pensar en Gabriela Mistral. En cuanto a vosotros, para no hablar sino de ella, os envidiamos a María de Maeztu, mujer admirable que ha hecho por la juventud femenina española, gracias a su autentico genio educador, lo que yo quisiera verla hacer por la nuestra.

Por cierto, estoy convencida de que la mujer se expresa también, de que se ha expresado ya maravillosamente, fuera del terreno de la ciencia y de las artes. Que esta expresión ha enriquecido, en todos los tiempos, la existencia, y que ha sido tan importante en la historia de la humanidad como la expresión del hombre, aunque de una calidad secreta y sutil menos llamativa, como es menos llamativo el plumaje de la faisana que el del faisán.

La mas completa expresión de la mujer, el niño, es una obra que exige, en las que tienen consciencia de ello, infinitamente más precauciones, escrúpulos, atención sostenida, rectificaciones delicadas, respeto inteligente y puro amor que el que exige la creación de un poema inmortal. Pues no se trata solo de llevar nueve meses y de dar a luz seres sanos de cuerpo, sino de darlos a luz espiritualmente. Es decir, no solo de vivir junto a ellos, con ellos. Creo más que todo en la fuerza del ejemplo. No hay otra manera de predicar a los grandes ni a los pequeños. No hay otra manera de convencerles. Si falla, es que no había remedio.

La importancia capital de la primera infancia es uno de los puntos sobre los cuales la ciencia moderna ha insistido más, últimamente. Casi podría decirse que la acaba de descubrir y es en este momento preciso de su vida que el niño está en manos de la mujer exclusivamente. La mujer es, pues, quien deja su marca indeleble y decisiva sobre esta cera blanda; es quien, consciente o inconscientemente, la modela, y la resistencia del hombre a reconocer que la mujer es un ser tan perfectamente responsable como la es él mismo, resulta absurda y graciosa cuando se advierte la tamaña contradicción que encierra: la de haber dejado, desde hace siglos (por ignorancia



sin duda), pesar sobre un ser irresponsable la mayor responsabilidad de todas: la de moldear a la humanidad entera en el momento en que es moldeable y la de dejar su sello impreso en ella.

En este momento de la historia que nos es dado vivir, asistimos a un debilitamiento del poder de los artistas. Se diría que en el período actual el mundo tiene mas necesidad de héroes o de santos que de estetas. Por todas partes se acentúa esa tentación de la santidad, fatal, parecería, a la perfección del objeto.

Y por eso el hombre, hoy, está acercándose a la mujer. Empieza a sentir que, en la época en que estamos, ya no le será posible crear, no la perfección (que queda fuera del alcance humano), sino en el sentido de esa perfección, a menos de encaminarse él mismo hacia ella. Empieza a sentir que toda forma de arte que no tiene las exigencias del niño está hoy en desuso.

La obra podrá, como el niño, parecerse más o menos a nuestros deseos, ir más lejos o menos lejos que nosotros, pero hará falta que sea en el mismo sentido.

Dios me libre de hablar mal del artista, cualesquiera sean sus defectos, sus vicios pasados, presentes y futuros. Cualesquiera sean sus debilidades, nos ha sido, nos es, nos será tan necesario como el héroe o el santo. También la suya es una manera de heroísmo y de santidad. Aun cuando la belleza de su obra, como ocurre a menudo, sea una belleza de orden compensador (es decir, condenada a realizarse fuera de él por no poder realizarse en él), es profundamente necesaria a la humanidad. Cualesquiera hayan sido sus miserias personales, lo que debemos a los grandes artistas es parte de lo mejor de nuestro patrimonio. Borremos los aportes de Dante, Cervantes, Shakespeare, Bach, Leonardo da Vinci, Goya, Debussy, Poe, Proust —para no citar mas que los primeros nombres que se me ocurren— ¡y qué empobrecidos nos sentiríamos! Que algunos de ellos hayan sido personalmente pobres hombres a quienes se les pudiera reprochar tal o cual defecto, ¡qué importa! Nos han legado lo que tenían de extraordinario. Tal vez no hayan conocido otra alegría que la de sufrir por su obra. Su obra era para ellos la única manera de entrar en un orden.

Y esta manera de realización es la que injustamente el hombre se ha complacido u obstinado en negar, entre otras cosas, a la mujer. Pues hay ciertas mujeres, lo mismo que ciertos hombres, que no pueden conocer otra alegría que la de sufrir por una obra.

Una de estas mujeres, que es uno de los seres mejor dotados que conozco, novelista célebre y de estilo admirable, me decía: "No soy verdaderamente feliz sino cuando estoy sola, con un libro o ante el papel y la pluma. Al lado de este mundo tan real para mí, la otra realidad se desvanece". Sin embargo, esta mujer, nacida en un ambiente intelectual y cuya vocación fue, desde el comienzo, singularmente clara, pasó en su juventud años atroces de tormentos e incertidumbres. Todo conspiraba para probarle que su sexo era un *handicap* terrible en la carrera de las letras. Todo conspiraba para aumentar en ella lo que había heredado, lo que todas heredamos: un complejo de inferioridad. Contra ese complejo debemos luchar, puesto que sería absurdo desconocer su importancia. El estado de espíritu que crea forzosamente es de los más peligrosos. Y no veo otro modo de luchar contra él que dar a las mujeres una instrucción tan sólida, tan cuidada como a los hombres y respetar la libertad de la mujer exactamente como la del hombre. No solo en teoría, sino en la

práctica. En teoría, los países más civilizados la aceptan. Y en este sentido España después de la revolución ha marchado a saltos. Por desgracia la Argentina no ha llegado todavía a tanto. La mujer, entre nosotros, no tiene, en la teoría ni en la práctica, la situación que debiera tener. Los hombres continúan diciéndole: "No me interrumpas". Y cuando ella reivindica su derecho a la libertad, los hombres interpretan, juzgando sin duda por sí mismos y poniéndose en su lugar: libertinaje.

Por libertad, nosotras, las mujeres, entendemos responsabilidad absoluta de nuestros actos y autorrealización sin trabas, lo que es muy distinto. El libertinaje no tiene ninguna necesidad de reivindicar la libertad. Puede uno entregarse a él siendo esclava.

En cuanto a la autorrealización, está, en suma, íntimamente ligada a la expresión, cualquiera que sea su modo. No se llega a la expresión sino por el conocimiento perfecto de lo que se quiere expresar; o mejor dicho, la necesidad de expresión deriva siempre de ese conocimiento. Pues bien: el conocimiento que más importa a cada ser es el que atañe al problema de su autorrealización.

Que esta mujer se realice cuidando enfermos, aquella enseñando el alfabeto, aquella otra trabajando en un laboratorio o escribiendo una novela de primer orden, poco importa: hay diversos modos de autorrealización, y los más modestos como los más eminentes tienen su sentido y su valor.

(...)

Sé, por experiencia propia, que mal preparada está actualmente la mujer en general y la sudamericana en particular para alcanzar esta victoria. No tienen ni la instrucción, ni la libertad, ni la tradición necesarias. Y me pregunto cuál es el genio que puede prescindir de estas tres cosas a la vez y hacer obra que valga. El milagro de una obra de arte solo se produce cuando ha sido obscuramente preparado desde mucho tiempo atrás.

Creo que nuestra generación, y la que le sigue, y aun la que está por nacer, están destinadas a no realizar este milagro, sino a prepararlo y a volverlo inminente.

(...)

Así, pues, lo que nuestro trabajo compra es el porvenir de las mujeres. No nos aprovechará personalmente. Pero esto no tiene por qué entristecernos. ¿Acaso puede agriar a una madre la promesa de que su hija será mas hermosa que ella? Si el caso se da, es porque se puede a veces tener hijos sin sentirse madre. Excepción que confirma la regla.

Es este sentimiento de maternidad hacia la humanidad femenina futura el que debe sostenernos hoy. Tenemos que apoyarnos en la convicción de que la calidad de esa humanidad futura depende de la nuestra, que somos responsables de ella. Lo que cada una de nosotras realiza en su pequeña vida tiene inmensa importancia, inmensa fuerza cuando las vidas se suman. No hay que olvidarlo. Ninguno de nuestros actos es insignificante y nuestras actitudes mismas se agregan o quitan a esta suma total que formamos y que hará inclinar la balanza.



Acabo de decir que la mujer sudamericana se encuentra en condiciones de inferioridad con respecto a la mujer que habita ciertos grandes países. Añadiré que es un poco por culpa suya. Se ha resignado hasta ahora con demasiada facilidad. Quizá esta ingenua haya temido desagradar al hombre, sin advertir que le agradaría siempre, a pesar de todo, y que se vería en serios apuros si tuviera él que prescindir de ella. Hasta me parece probable que la mujer le agrada más cuando el hombre se habitúa a ver en ella un ser humano pensante capaz de hacerle frente y de interrumpirle si hace falta, y no un objeto más o menos querido, más o menos indispensable a su agrado y a su comodidad. Mas o menos "recreo del guerrero".

Si no ocurre así, es que hay que volver a empezar la educación del hombre y que la que le envanecía hasta hoy, no vale nada, ni cuenta ya.

No sé si lo que digo sobre mi América es todavía aplicable a España. En todo caso, debió serlo ayer, como que nuestras cualidades y nuestros defectos, nos vienen principalmente de ella.

La característica de nuestro mundo actual es que las cosas repercutan de un país a otro, de un continente a otro, de manera fulminante, quiérase o no.

(...)

Por lo tanto, tal como los sucesos se presentan hoy, la suerte que corre la mujer en China o en Alemania, en Rusia o en los Estados Unidos, en fin, no importa en que rincón del mundo, es cosa extremadamente grave para todas nosotras, pues sufriremos su repercusión. Así, pues, la suerte de la mujer sudamericana concierne vitalmente a la mujer española y a la de todos los otros países.

(...)

Quisiera que la suma de nuestros esfuerzos, de nuestras vidas, el noventa y nueve por ciento de las cuales permanecerán obscuras y anónimas, haga inclinar la balanza del lado bueno. Del lado que hará de la mujer un ser enriquecido, al que le sea posible la expresión total de su personalidad (no solo su expresión fisiológica); del lado que hará del hombre un ser completado a quien ya no le baste el monólogo y que, de interrupción en interrupción aceptada, llegue naturalmente al diálogo.

Agosto de 1935.



Secuencias discursivas

¡Identifica la secuencia!

Gratuidad. (A. Jocelyn-Holt.)

- Dudosamente los legisladores que aprobaron la Ley de Educación Superior repararon en lo que significa la palabra "gratuidad". El término es equívoco; remite a algo que se consigue sin pagar, aunque también es sinónimo de arbitrario y sin fundamento ("el insulto fue gratuito"). Aplicado a educación superior, puede resultar sorprendente: ¿Al quererla idealmente gratis o de balde, también se la concibe regalada o en extremo barata aun cuando se sepa que es muy cara y alguien, a la larga, siempre va a tener que ponerse con el gasto (i.e. los que pagamos impuestos, el mundo privado que termina subvencionando ofertas políticas de quienes gobiernan o validan leyes deficientes)?

¿Qué secuencias discursivas están presentes?

- Dudosamente los legisladores que aprobaron la Ley de Educación Superior repararon en lo que significa la palabra "gratuidad". El término es equívoco; remite a algo que se consigue sin pagar, aunque también es sinónimo de arbitrario y sin fundamento ("el insulto fue gratuito"). Aplicado a educación superior, puede resultar sorprendente: ¿Al quererla idealmente gratis o de balde, también se la concibe regalada o en extremo barata aun cuando se sepa que es muy cara y alguien, a la larga, siempre va a tener que ponerse con el gasto (i.e. los que pagamos impuestos, el mundo privado que termina subvencionando ofertas políticas de quienes gobiernan o validan leyes deficientes)?

Explicación

Definición

Función: presentarse como un experto, alguien que sabe más del tema.

Argumentación

Postura claramente en contra de la gratuidad de la educación universitaria (ofertas políticas, leyes deficientes)

Porque es muy cara y alguien tiene que pagarla: si no lo hacen los estudiantes o sus familias serán los ciudadanos o el mundo privado.

La democracia light (M. Benedetti)

- Por otra parte, la Santa Madre Iglesia, no la marginal, sino la oficial, con su henchido currículum de cruzadas e inquisiciones, debería estar más atenta a sus parroquias. Lo cierto es que algunas de ellas cultivan alarmantes frivolidades. Recientemente, los obispos argentinos, imbuidos de la actual intolerancia vaticana, hicieron pública su indignación ante la realización de partidos de fútbol en Viernes Santo, considerándola poco menos que un agravio a Jesucristo. Es claro que semejante cólera episcopal bordea el ridículo, sobre todo si se tiene en cuenta que a partir de la reciente y espeluznante confesión del capitán Scilingo surgieron vanos y convincentes testimonios acerca de la secreta connivencia de varios obispos (y otros pastores de almas) con los torturadores militares. A pesar de mi agnosticismo, me resisto a creer que el fútbol ofenda a Cristo (quien, como se sabe, padeció su propio calvario) mucho más que el trance abominable de los martirizados que no resucitan.

¿Qué secuencias discursivas están presentes?

- Por otra parte, la Santa Madre Iglesia, no la marginal, sino la oficial, con su henchido currículo de cruzadas e inquisiciones, debería estar más atenta a sus parroquias. Lo cierto es que algunas de ellas cultivan alarmantes frivolidades. Recientemente, los obispos argentinos, imbuidos de la actual intolerancia vaticana, hicieron pública su indignación ante la realización de partidos de fútbol en Viernes Santo, considerándola poco menos que un agravio a Jesucristo. Es claro que semejante cólera episcopal bordea el ridículo, sobre todo si se tiene en cuenta que a partir de la reciente y espeluznante confesión del capitán Scilingo surgieron vanos y convincentes testimonios acerca de la secreta connivencia de varios obispos (y otros pastores de almas) con los torturadores militares. A pesar de mi agnosticismo, me resisto a creer que el fútbol ofenda a Cristo (quien, como se sabe, padeció su propio calvario) mucho más que el trance abominable de los martirizados que no resucitan.

Argumentación

Postura a favor de que se realicen partidos de fútbol en Viernes Santo

Porque eso ofende menos a Cristo que la colaboración de miembros de la Iglesia con torturadores militares.

Narración

Personajes: los obispos argentinos. Acción: protestar por los partidos de fútbol en Viernes Santo.

Personaje: el capitán Scilingo. Acción: confesar. Acción 2: surgimiento de testimonios acusando a obispos y otros de colaborar con los torturadores militares.

ANEXO 6:**Fútbol: una industria caníbal**

Eduardo Galeano (Uruguay)

En junio de 2003, un jugador de Camerún, Marc Vivien Foe, cayó fulminado en el estadio de Lyon.

No fue víctima de ninguna patada criminal. Nadie lo había tocado. Foe murió por extenuación. El ritmo de la Copa de Confederaciones, un partido tras otro, acabó con él.

Ningún informe médico dirá que sufrió un ataque de fútbol profesional, porque la fatal dolencia no figura en ningún vademécum. Pero la verdad es que el más bello y popular de los deportes, fiesta de las piernas que lo juegan y de los ojos que lo miran, funciona, a nivel industrial, como una máquina de picar carne humana.

El año pasado, fueron dos los campeonatos mundiales de fútbol. En uno jugaron los deportistas de carne y hueso. En el otro, al mismo tiempo, jugaron los robots. Las selecciones humanoides disputaron la RoboCup 2002 en el puerto japonés de Fukuoka, frente a la costa coreana.

Los torneos de robots ocurren, cada año, en un lugar diferente. Sus organizadores tienen la esperanza de competir, de aquí a algún tiempo, contra las selecciones de verdad. Al fin y al cabo, dicen, ya una computadora ha derrotado al campeón Gary Kasparov en un tablero de ajedrez, y no les cuesta tanto imaginar que los atletas mecánicos lleguen a lograr una hazaña semejante en una cancha de fútbol.

Los robots, programados por ingenieros, son fuertes en defensa y rápidos y cañoneros en el ataque. Jamás se cansan ni se quejan, nunca un robot ha caído muerto en el campo de juego. Y no se entretienen con la pelota: cumplen sin chistar las órdenes del director técnico y ni por un instante cometen la locura de creer que los jugadores juegan.

¿Cuál es el sueño más frecuente de los empresarios, los tecnócratas, los burócratas y los ideólogos de la industria del fútbol? En el sueño, cada vez más parecido a la realidad, los jugadores imitan a los robots.

Triste signo de los tiempos, el siglo XXI sacraliza la mediocridad en nombre de la eficiencia y sacrifica la libertad en los altares del éxito. "Uno no gana porque vale, sino que vale porque gana" había comprobado, hace ya algunos años, Cornelius Castoriadis. Él no se refería al fútbol, pero era como si.

Prohibido perder tiempo, prohibido perder: convertido en trabajo, sometido a las leyes de la rentabilidad, el juego deja de jugar. Cada vez más, como todo lo demás, el fútbol profesional parece regido por la UENBE (Unión de Enemigos de la Belleza), poderosa organización que no existe pero manda. Ignacio Salvatierra, un árbitro injustamente desconocido, merece la canonización. Él dio testimonio de la nueva fe. Hace siete años, exorcizó al demonio de la fantasía en la ciudad boliviana de Trinidad. El árbitro Salvatierra expulsó de la cancha al jugador Abel Vaca Saucedo. Le sacó tarjeta roja "para que aprenda a tomarse el fútbol en serio". Vaca Saucedo había cometido un gol imperdonable. Eludió a todo el equipo rival, en un desenfreno de gambetas, túneles, sombreros y taquitos, y culminó su orgía de espaldas al arco, con un certero culazo que clavó la pelota en el ángulo.

Obediencia, velocidad, fuerza, y nada de firuletes: éste es el molde que la globalización impone.

Se fabrica, en serie, un fútbol más frío que una heladera. Y más implacable que una máquina trituradora.

Según los datos publicados por France Football, el tiempo de vida útil de los jugadores profesionales ha bajado a la mitad en los últimos veinte años. El promedio, que era de doce años, se ha reducido a seis. Los obreros del fútbol rinden cada vez más y duran cada vez menos.

Para responder a las exigencias del ritmo de trabajo, muchos no tienen más remedio que recurrir a la ayuda química, inyecciones y pastillas que les aceleran el desgaste: las drogas tienen mil nombres, pero todas nacen de la obligación de ganar, y merecen de llamarse exitoína.

Dos mil quinientos años antes de Blatter, los atletas competían desnudos y sin ningún tatuaje publicitario en el cuerpo. Los griegos, fragmentados en muchas ciudades, cada cual con sus propias leyes y sus propios ejércitos, se juntaban en los juegos olímpicos. Haciendo deporte, aquellos pueblos dispersos decían: "Nosotros somos griegos", como si recitaran con sus cuerpos los versos de La Ilíada que habían fundado su conciencia de nación.

Mucho después, durante buena parte del siglo veinte, el fútbol fue el deporte que mejor expresó y afirmó la identidad nacional. Las diversas maneras de jugar han revelado, y celebrado, las diversas maneras de ser. Pero la diversidad del mundo está sucumbiendo a la uniformización obligatoria. El fútbol industrial, que la televisión ha convertido en el más lucrativo espectáculo de masas, impone un modelo único, que borra los perfiles propios, como ocurre con esas caras que se vuelven máscaras, todas iguales, al cabo de continuas operaciones de cirugía plástica.

Se supone que este aburrimiento es el progreso, pero el historiador Arnold Toynbee había pasado por muchos pasados cuando comprobó: "La más consistente característica de las civilizaciones en decadencia es la tendencia a la estandarización y la uniformidad".

El fútbol profesional practica la dictadura. Los jugadores no pueden decir ni pío en el despótico señorío de los dueños de la pelota, que desde su castillo de la FIFA reinan y roban. El poder absoluto se justifica por la costumbre: así es porque así debe ser, y así debe ser porque así es.

Pero, ¿ha sido siempre así? Vale la pena recordar, ahora, una experiencia que ocurrió en Brasil, hace no más que veinte años, todavía en tiempos de la dictadura militar. Los jugadores conquistaron la dirección del club Corinthians, uno de los clubes más poderosos del Brasil, y ejercieron el poder durante 1982 y 1983. Insólito, jamás visto: los jugadores decidían todo, entre todos, por mayoría. Democráticamente discutían y votaban el método de trabajo, el sistema de juego, la distribución del dinero y todo lo demás. En sus camisetas, se leía: Democracia Corinthiana.

En un par de años, los dirigentes desplazados recuperaron la manija y mandaron a parar. Pero mientras duró la democracia, el Corinthians, gobernado por sus jugadores, ofreció el fútbol más audaz y vistoso de todo el país, atrajo las mayores multitudes a los estadios y ganó dos veces seguidas el campeonato local.

Sus proezas y bellezas se explicaban por la droga. Una droga que el fútbol profesional no puede pagar: esa pócima mágica, que no tiene precio, se llama entusiasmo. En el idioma de la Grecia antigua, entusiasmo significa "tener a los dioses adentro".

Como se sabe, en 2002 Brasil ganó la Copa del Mundo, en el partido final contra Alemania, en Tokio.

Aunque nadie se enteró, al mismo tiempo se disputó, lejos de allí, otra final. Fue en los picos del Himalaya. Midieron sus fuerzas las dos peores selecciones del planeta, la última y la penúltima en el ranking mundial: el reino de Bhután y la isla caribeña de Monserrat.

El trofeo era una gran copa plateada, que esperaba a la orilla de la cancha.

Los jugadores, todos anónimos, ningún famoso, lo pasaron en grande, sin más obligación que divertirse mucho. Y cuando los dos equipos terminaron el partido, la copa, que estaba pegada por la mitad, se abrió en dos y fue por los dos compartida.

Bhután había ganado y Monserrat había perdido, pero ese detalle no tenía la menor importancia.

Adónde va la mujer (fragmento)

AMANDA LABARCA H.

Medidas políticas. Una democracia depurada. La política y las mujeres.

Ante los trastornos políticos presentes, el mundo ha reaccionado de dos modos. Unos proclaman: "La democracia ha hecho bancarrota. Esas grandes voces de la soberanía popular francesa: libertad, igualdad, fraternidad son falacias. Son y continuarán siendo monstruosos engaños. El sistema de representación es una impostura, que en la hora actual es incapaz hasta de engañarse a sí mismo. La delnocracia está muerta. Enterremos su cadáver." De allí han nacido él comunismo, por una parte, y por otra, los regímenes de Mussolini y de Hitler. Tienen je idéntica base la negación de la democracia; de métodos comunes, la detentación del poder por un solo hombre, apoyado en un solo partido. Son dictaduras.

Los otros arguyen: el ideal democrático es el más justiciero que haya sido capaz de crear la razón. La República de Atenas es el exponente de las más nobles posibilidades del hombre social. "Es el único sistema compatible con el cabal desenvolvimiento de la individualidad y con la dignidad de la persona humana." La crisis actual no revela la falacia del sistema, sino su mala aplicación.

Verdad es esta última que se advierte sobre todo en los países sudamericanos. Desde su independencia se les ha gobernado sin parar mientes en que los procederes democráticos ajustasen o no a la realidad. Si tal régimen tiene por base el concepto de fundamental igualdad de hombre a hombre, y el gobierno de los más, es evidente que nunca han conocido una genuina democracia. Jamás han estado elegidos por la mayoría, ya que se apartaba de ella a la gran masa de analfabetos y a las mujeres. Si algo puede enrostrarse amargamente a los congresales, ejecutivos y caudillos es que desde 1810 no hayan dedicado su empeño máximo en transformar en ciudadanos de verdad al enorme cuerpo de semicivilizados, que constituyen la estrato básica de nuestra sociedad, y les hayan permitido vegetar sin ninguna tradición de democracia.

Ello ha hecho posible que todo caudillo sin escrúpulos, o terrateniente de cortos alcances, se haya valido de su brazo de ciego, para adulterar al ideal republicano.

Sobre el tronco de una sumisión reverente, sacrosanta casi, a la corona de España, absolutista y de derecho divino, los revolucionarios de 1810 injertaron el brote frágil de una doctrina política que conocían sólo de oídas y en la que se habían embriagado en su afán entusiasta de libertad. ¡Lejos de mí reprochárselo! Ignoro cuál es el sentir de otros países de América, pero de Chile puedo asegurar que, bajo la forma democrática, en la mente popular, en el consentimiento público, en las costumbres, en el trato diario, existe viva aún la raigambre de la aristocracia. Nadie se considera igual a otro. Cada uno se siente superior a muchos e inferior a unos cuantos. La plebe les sumisa al amor del patrón y rara vez se perfilan en su masa esas altivas arrogancias del que, por derecho de ser hombre, se considera ni más ni menos que sus congéneres.

La enorme diferencia de dinero, de bienestar y sobre todo de cultura, entre las diversas capas sociales ha acentuado antes que disminuido estas inclinaciones. La obra de la república debería tender más y más a

la incorporación a la verdadera democracia, del mayor número de hombres y mujeres, capacitándolas para comprender los problemas vitales del país y participar en ellos.

No olvidemos que el sentido de la responsabilidad cívica es una conquista del progreso espiritual. No la poseen los entes de conciencia espesa, sean pobres o ricos, hombres o mujeres. Lo demuestran tantos electores que venden el sufragio y tantos candidatos que lo compran. Precisa una fina sensibilidad de la interdependencia social, una visión clara de sus efectos futuros en la vida lectiva para justipreciar el voto y la acción pública. Y tal como no todos los hombres están preparados ni son aptos para el ejercicio del arte de hacer mejores y más felices a los pueblos -- según la clásica definición de la política -- tampoco seguramente lo están la mayoría de sus hermanas. El sufragio popular es una tragicomedia de los pueblos que prefieren engañarse con palabras a obedecer a la adusta realidad. Y si a ella nos atuviéramos, en estos países de Sud América, se debería restringirlo y darlo solo a hombres y mujeres capacitados.

No será pequeño el número de estas últimas. Gracias al mas amplio conocimiento de la biología y la higiene, en casi todos los países., el término medio de la vida humana se está prolongando hasta cerca de la cincuentena. Y se delinear claramente tres fases en la vida de la mujer moderna. Los primeros veinte años -- los de su formación y florecimiento juvenil--; los segundos, es decir de los veinte a los cuarenta, que son la etapa de la formación del hogar y de la familia, de la íntegra contribución a los dictados de la especie. Después de los cuarenta. cuando ya los hijos crecidos se están apartando para formar, a su turno, el hogar que reemplazará al paterno, libre ya de la tierna exigencia de los pequeños, llena de experiencia y comprensión de la vida, la mujer, tanto como el hombre, entran a un período en que su acción en la política, en la filantropía, en las obras sociales es de un alcance fecundo.

El sufragio, a los capacitados, a los sensibles a sus responsabilidades, hombre y mujer, porque ambos sufren por igual los errores de la dirección política, los desaciertos económicos y los fardos tributarios. Cuentan de Napoleón que una vez, en un rapto de los que tenía muy frecuentes en contra de la emancipación femenina, apostrofó a Mme. de Condorcet, diciéndole: "—Detesto que las mujeres se mezclen en política"—. A lo que ella, ingeniosamente, le repuso: "—¡En un país en dónde se les corta la cabeza, es natural que 'quieran saber por qué!' ". En un país donde se nos grava con tantos impuestos, es natural que tratemos de saber por qué. ...

Así como parece de toda justicia y conveniencia el sufragio político femenino, pediría dudarse de su oportunidad si sus adeptas no se preparasen para ejercitarlo. Esto es muchísimo más urgente que la dictación de la ley. Si desconocen los fundamentos del régimen republicano, si nunca han tratado de comprender las diferencias de doctrinas y métodos entre los partidos, si ignoran los problemas de la economía nacional, las cuestiones que a diario han de afrontar municipios y gobiernos centrales, mal pueden pretender mejorar las condiciones existentes. Y si no están ejercitadas en la práctica de la asociación, les será muy difícil influir en la cosa pública. La ley que les conceda derechos civiles y políticos vendrá en estos países hoy, mañana o pasado. Pero hay que esperarla con la lámpara del espíritu encendida. No correr el riesgo de que los acontecimientos nos sobrecojan, sino preverlos con inteligencia, participando desde luego en los asuntos públicos.

Aunque sea verdad de Perogrullo, hay que repetirla. El hombre y la mujer no son iguales, y precisamente de la diferencia de cualidades y no de su confusión se beneficia la sociedad. No son iguales, pero si, equivalentes, porque son idénticamente necesarios a la vida y al desarrollo de la raza. Son equivalentes y, por lo tanto, es injusta cualquiera ley que conceda derechos a unos en desmedro de los otros.

Lamentablemente hemos estado durante siglos confundiendo situaciones que en algunos instantes pueden coincidir, pero que obedecen a leyes diferentes: el claustro del amor, la situación legal de las mujeres, sujetas o no a su tenaz imperio, y el estatuto civil del ciudadano. Son recintos diversos, que si no se contraponen para el hombre, tampoco deberían ser incompatibles para su compañera.

La tarea primordial de la mujer es, sin duda, la formación de la atmósfera espiritual de su hogar; pero ya dijimos que a muchas no se les presenta, por circunstancias completamente extrañas a su deseo, la posibilidad de ser las arquitectas de un nido.

En cada generación, un grupo de las de tipo más noble quedan trágicamente sacrificadas. Porque la civilización induce al que pudo ser su compañero a que se prepare largos años para el ejercicio de su carrera. El médico, el abogado de nota, el ingeniero especializado concluyen su etapa estudiantil en los linderos de la treintena. No lograra reunir medios holgados para sostener una familia, sino después de los 33. Y entonces rarísima vez eligen por mujer a una de su edad. Buscan a la más joven. Sus coetáneas ya están marchitas. Y es torpe, mezquino e injusto que la ley las destierre de su amparo y no les conceda siquiera la plenitud de sus derechos ciudadanos. ¿Qué: mucho que algunas de ellas se agrien, que se ericen de espinas, que se consuman en el chismorreo venenoso, si en realidad son parias? Las que tenemos la fortuna de que la vida nos haya hecho conocer las dulzuras y los desengaños, las desventajas y las responsabilidades de una vida plena, deberíamos ser sus defensores, excusadas, aun cuando más de alguna tenga la necesidad biliosa, agresiva e insoportable. ¡Son víctimas de leyes ñoñas que debieran abolirse para siempre!

ANEXO 8:

La vida amorosa de los pueblos indígenas

Maximiliano Salinas C.

Ayün, 'amor', o aiñ encierra tres nociones básicas en su raíz. Significa 'belleza', 'un tipo especial de luz, y transparencia'. Está directamente entroncada con su matriz, el vocablo aywon (también ayon) que significa a su vez 'nacimiento de la luz', o literalmente, 'luz que mira' (el amor sería una clarividencia lúcida y no un engegucimiento pasional).

Ziley Mora, Amor y sexualidad en la cultura mapu-che, Patrimonio Cultural, verano 2004, 26.

cy: madre, generadora, el origen, el principio, la fuente, el manantial g

uaracy: madre de los vivientes, sol, la madre del día, el sol

jacy: madre de los frutos, la luna, mes lunar

Teodoro Sampaio, O tupi na geografia nacional, Sao Paulo 1987.

munay: amar, querer

munachaña: reconciliar, acariciar munasiña: amarse, quererse, enamorarse

munarasiña: acariciarse, abrazarse

Manuel Mamani, Diccionario práctico bilingüe aymara-castellano. Zona norte de Chile, Antofagasta 2002.

La vida y el lenguaje de los pueblos indígenas de América del Sur emergen de la totalidad del cosmos o biosfera como vehículo de la energía amorosa y del cobijamiento maternal del mundo. El 'estar' del vivir andino es una experiencia asociada a la madre o al vientre de la madre. En aymara, 'estar', 'utcata', está asociado a 'utcaria', 'madre o vientre donde la madre concibe'. El universo completo de la vida indígena en nuestro continente -sin la distinción occidental de sujetos u objetos- está animado y vivificado de relacionamiento amoroso. El indígena "comprende en su inmenso amor, lo inánime y lo animado. No diferencia, para amar, animal de persona".

La luna, la lluvia o el sol -expresiones de la fecundidad telúrica- no son 'objetos' neutros afectivamente sino manifestaciones del amor reclamado a la vitalidad de la biosfera. La lengua y la literatura quechuas lo precisan. Una canción a la lluvia dice: "Canta a tu gusto, baila a tu gusto, / ¡lluvia! / para robar corazones / ¡lluvia! /... / Si amarme quieres, ámame / ¡lluvia! / sólo a mí, sin darme rival; / ¡lluvia! / si me halagas, halágame / ¡lluvia! / sin darme rival, a mí sola / ¡lluvia!". Un canto a la luna dice así: "Madre Luna / Luna, reina y Madre, / por la bondad de tus aguas, / por el amor de tus lluvias / estamos llorando, / estamos sufriendo". Un canto al sol dice: "Sol mío, ha comenzado a arder / el oro regio de tu cabellera / y ha envuelto nuestros maizales. /.../ Arrójanos la lluvia de tus flechas. / Ábrenos la puerta de tus ojos, / oh, Sol, fuente de lumbre bienhechora".

La divinidad andina de Wirakkócha refleja la armonía amorosa del cosmos en América del Sur. El creador universal de todas las etnias, que surge del sexo húmedo de la Pachamama, el lago Titikaka, enseña el amor a los seres humanos. Su palabra funda la ética comunitaria andina: "Dio orden a los hombres cómo viviesen y que les hablaba amorosamente y con mucha mansedumbre, amonestándoles que fuesen buenos, y que los unos y los otros no se hiciesen daños ni injurias, antes amándose, en todos hubiese caridad [...] por donde quiera que llegaba y hubiese enfermos los sanaba y a los ciegos con solamente palabras les daba vista; por las cuales obras tan buenas y provechosas era de todos amado".

Wirakkócha fue una suerte de Afrodita andina, una divinidad amorosa surgida del agua, o vinculada a las aguas del cielo y de la tierra. Su nombre coincide con el de la diosa del Mediterráneo: "espuma del mar". El himno de Manko Kapak a Wirakkócha lo invoca así: "Tú que permaneces / en el océano del cielo / y que también vives / en los mares de la tierra, / gobierno del mundo / creador del hombre". Wirakkócha, espíritu de la humanidad indígena, brota de la Pachamama, la "diosa de la agricultura comunal, fundamento de toda la civilización y el Estado andinos", y enseña las expresiones sociales de la reciprocidad amorosa, la cooperación, la ayuda mutua, el "yanápay", las formas múltiples de la cooperación, la vida compartida ("yanaparapitha": "ayudar a uno por amor de otro").

En el aspecto particular del erotismo, la vida amorosa de los pueblos indígenas ofreció un caudal de expresiones y de significados místicos impensados en la Europa latina. Surgió de una visión del mundo donde lo femenino no estaba subordinado o dominado por lo masculino, sino donde ambos géneros constituyeron una dualidad complementaria. El sustantivo quechua 'chachawarmr' designa a la pareja humana como unidad armoniosa y decisiva (chacha: hombre; warmi: mujer). Si un marido maltrata a su mujer, en el mundo andino, la cosecha de maíz resultará magra. De este modo, la ternura y la sensualidad femeninas lograron expresarse sin cortapisas, como se aprecia en el célebre poema Canto de las mujeres de Chalco en el México precolombino: "Compañerito, niño mío, / tú, señor, pequeño Axayáctli, / vamos a estar juntos, / a mi lado acomódate, / haz hablar tu ser de hombre. /... / Sabrosa es tu semilla, / tú mismo eres sabroso. / ¿Acaso se sabe esto en nuestra casa? /... / Revuélvete como masa de maíz, / tú, señor, pequeño Axayácatl, / yo a ti por completo me ofrezco, / soy yo, niño mío, / soy yo, niño mío. /... / Soy vieja mujer de placer, / soy vuestra madre, / soy anciana abandonada, / soy vieja sin jugo, / es esto lo que hago, yo mujer de Chalco".

Las personas amadas concedieron la energía amorosa del cosmos, como se advierte en el canto quechua: "Igual que el sol / fulguran para mí / tus ojos. / En tu faz se abren, / para regalo mío, / todas las flores. / La lumbre sola de tus pupilas / me da la vida. / Y tu boca florida / con su sonrisa / me hace dichoso. /

Ven y árame, / tierna paloma, / no temas nada. / Pese al destino, / yo te amaré / hasta la muerte". La magia amorosa fue cultivada con toda consideración. Un conjuro para atraer a la amada en México indígena dice: "Yo vine y nací por el florido y transparente sexo femenino... ¿Por ventura traigo yo guerra? No es guerra la mía sino conquista de mujer".

La importancia concedida a la vida amorosa en los pueblos indígenas sudamericanos quedó de manifiesto en el arte andino del Perú. "[El] Perú se convierte en el centro más significativo de representaciones pictóricas y escultóricas de escenas que testimonian una marcada inclinación a los placeres de la carne [...]. Resulta, por consiguiente, el Perú el centro más importante del erotismo en América y uno de los de mayor trascendencia en el mundo". La valoración del amor y el erotismo indígenas como expresión de la plenitud cósmica fue muy bien apreciada por José María Arguedas en el Perú en el siglo XX."

La vida amorosa de la mujer indígena -por cierto ajena a los límites afectivos enseñados en Europa- pasó a ser en la sociedad colonial un tópico de cuestionamiento para quienes debieron someterse al orden patriarcal de la modernidad. El poema andino del siglo XVIII Manchay Puytu, narración de la historia del fraile Antonio de la Asunción enamorado de la mujer indígena María Cusilimay, reflejó las contradicciones entre la matriz amorosa indígena y las exigencias y privaciones del catolicismo misionero. Para el lenguaje eclesiástico la mujer era una 'concubina'. Para el fraile enamorado era su "mujer-compañera", su "mujer-hermana". En Colombia, los cronistas europeos dijeron que las mujeres muiscas eran "más amorosas de lo que era menester". A principios del siglo XIX un literato español, Gaspar Zavala (1762-1824), presentó con acentuadas características amorosas la figura de una mujer indígena del Nuevo Mundo, 'Oderay', Paloma. Su ternura transformó al europeo, relativizando sus hábitos coloniales.

Lo más característico de la experiencia del amor indígena fue la rica interrelación entre amor y erotismo, fruto de una cosmología ajena a la visión patriarcal y androcéntrica de Occidente. Esa fue una herencia de la sensibilidad indígena en el mundo mestizo, reconocida en las extraordinarias devociones populares como la de Tonantzin-Guadalupe en México.

ANEXO 9:

La percepción de las drogas

MARIO VARGAS LLOSA

4 FEB 2018 - 00:00 CET

La Comisión Global de Políticas de Drogas, que presidió el exmandatario brasileño Fernando Henrique Cardoso y tiene ahora como directora a Ruth Dreifuss, expresidenta de Suiza, está integrada por políticos, funcionarios internacionales, científicos e intelectuales de diversos países del mundo y lleva a cabo desde el año 2011 una valiosa campaña a favor de una política más sensata y realista en el dominio del narcotráfico y el consumo de estupefacientes que el de la mera represión policial y judicial.

En los siete informes que ha publicado desde que se creó, sustentados en rigurosas estadísticas e investigaciones sociológicas y clínicas, ha mostrado de manera inequívoca la futilidad de combatir aquel flagelo con prohibiciones y persecuciones que, pese a los miles de millones de dólares gastados en ello, en vez de reducir han aumentado vertiginosamente el consumo de drogas en el mundo, así como la violencia criminal asociada a su producción y distribución ilegales. En casi todo el mundo, pero, principalmente en América Latina, las mafias de narcotraficantes son una plaga que causan decenas de millares de muertos y son, sobre todo, una fuente de corrupción que descomponen las instituciones, infectan la vida política, degradan las democracias y, no se diga, las dictaduras, donde, por ejemplo en Venezuela, buen número de dirigentes civiles y militares del régimen están acusados de dirigir el narcotráfico.

Al principio, las labores de la Comisión se concentraban en América Latina pero ahora se han extendido al mundo entero. El último informe, que acabo de leer, está dedicado a combatir, con argumentos persuasivos, la general percepción negativa y delictuosa que los gobiernos promueven de todos los consumidores de drogas sin excepción, presentándolos como desechos humanos, propensos al delito debido a su adicción y, por lo mismo, amenazas vivientes al orden y la seguridad de las sociedades. Quienes han preparado este trabajo han hecho una cuidadosa investigación de la que sacan conclusiones muy distintas. En primer lugar, las razones por las que se consumen “sustancias psicoactivas” son muy diversas, y, en gran número de casos, perfectamente justificadas, es decir, de salud. De otro lado, entre las mismas drogas hay un abanico muy grande respecto a las consecuencias que ellas tienen sobre el organismo, desde la heroína, con efectos tremendamente perniciosos, hasta la marihuana, que hace menos daño a los usuarios que el alcohol.

Todos los informes de la Comisión vienen acompañados de pequeños testimonios de gentes de muy diversa condición gracias a los cuales se advierte lo absurdo que es hablar de “drogadictos” en general, sobre todo debido a lo que esta palabra sugiere de degradación moral y peligrosidad social. Hay una abismal diferencia entre el caso de Nicolás Manbode, de la isla Mauricio, que a los 16 años comenzó fumando marihuana, pasó a inyectarse heroína a los 18 y fue por ello a la cárcel a los 21, donde contrajo una hepatitis y el sida, y la portuguesa Teresa, que no bebe alcohol, pero se acostumbró a tomar anfetaminas, éxtasis, LSD y hongos alucinógenos y cuyo problema, dice, ahora que en Portugal se ha descriminalizado el uso de las

drogas, es el riesgo que significa comprar aquellas sustancias en la calle sin saber nunca las mezclas con que los vendedores pueden desnaturalizarlas.

Un caso muy interesante es el de Wini, madre de Guillermo, en Chile. Su hijo, nacido en 2001, a los cinco meses comenzó a tener convulsiones que le cortaban la respiración. A los dos años los médicos diagnosticaron que el niño era epiléptico. Todos los tratamientos, incluida una cirugía cerebral, fueron inútiles. En 2013 Wini comenzó a leer artículos médicos que hablaban de un aceite de marihuana y, gracias a una fundación, pudo conseguirlo. Desde que Guillermo comenzó a tomarlo, las convulsiones se atenuaron — de cerca de diez a una o dos al día— e incluso cesaron. Dada la complicación en obtener aquel aceite, la señora Wini comenzó a cultivar marihuana en su jardín, algo que, aunque no es ilegal en Chile, escandalizaba a su familia. El médico que trataba a Guillermo, escéptico al principio, se convenció de los efectos benéficos de aquel aceite y llegó a escribir un artículo sobre la terapia positiva que aquel tenía en el tratamiento de la epilepsia.

En América Latina, las mafias de narcotraficantes son una plaga que causan decenas de millares de muertos y son una fuente de corrupción que degrada las democracias

Según el informe, los estigmas sociales y morales que recaen sobre las personas que usan drogas hacen mucho más difícil que se libren de ellas; el prejuicio que se cierne sobre ellas es asumido por las propias víctimas, y esta autoculpabilidad agrava la necesidad de recurrir a esa artificial manera de sentirse en paz consigo mismos. Una de las estadísticas más elocuentes de este informe es que son proporcionalmente mucho más numerosas las personas que se emancipan de la drogadicción en las sociedades más abiertas y tolerantes con su consumo que en las que la represión sistemática es la política reinante.

Aunque las razones que esgrime la Comisión Global de Política de Drogas para pedir que cesen los prejuicios y clichés que acompañan a cualquier tipo de drogadicción sean convincentes, mucho me temo que la única manera en que aquellos vayan cediendo será la descriminalización de los estupefacientes y a la represión reemplace una política de prevención y tolerancia. Desde luego que la legalización entraña peligros. Por eso, es importante que ella vaya acompañada de campañas activas que, como ha ocurrido con el tabaco, informen a los ciudadanos de los riesgos que aquellas representan, y de unas políticas efectivas de rehabilitación. Las ventajas de todo ello se advierten ya en las sociedades que han ido adoptando medidas más realistas frente a este problema. De hecho, la legalización acabaría con la criminalidad que es la peor de las calamidades generadas por las drogas. En países como México la lucha de los poderosos carteles que se disputan territorios deja decenas de muertos cada mes, contamina la vida política con una corrupción que degrada la democracia y llena de zozobra y sangre la vida social. Ella permite a los delincuentes amasar fortunas vertiginosas como la del famoso Pablo Escobar, el asesino y narco colombiano que ahora es el héroe de películas y seriales televisivas que aplaude el mundo entero.

Uno de los argumentos con los que se suele combatir la idea de la legalización es que, cuando ella tiene lugar, como ocurrió por ejemplo con la marihuana en Holanda, país pionero en este dominio, aquello suele ser un imán que atrae consumidores de droga de todas partes. Eso ocurre porque los lugares donde aquella libertad se practica son muy pocos en el mundo. En todo caso, ese es un fenómeno pasajero. Hace poco estuve en Uruguay y pregunté qué efectos había tenido hasta ahora la nueva política emprendida por el Gobierno respecto de la marihuana. Las respuestas que obtuve variaban, pero, en general, la legalización no parece haber estimulado el consumo. Por el contrario, algunos me dijeron que, al desaparecer el tabú de la prohibición, para mucha gente joven había disminuido el prestigio del cannabis.

Poco a poco, en todo el mundo hay cada día más gente que, como promueve la Comisión Global de Política de Drogas, cree que la mejor manera de combatir la droga y sus secuelas delictivas es la descriminalización. Uno de los mayores obstáculos proviene, sin duda, como lo profetizó Milton Friedman hace muchos años, de que hoy día tantos miles de miles de personas vivan de combatirlas.

ANEXO 10:

LISTA DE COTEJO PARA LA COEVALUACIÓN DEL PRIMER BORRADOR DE UN TEXTO ARGUMENTATIVO.

Evaluador: _____

Se evalúa el borrador de: _____

CRITERIO	INDICADOR	SÍ (1 pto.)	NO (0 pto.)
Introducción	Se presenta el tema polémico		
	Se presenta la tesis del emisor		
	Se cumple con motivar al lector		
Desarrollo	En cada párrafo se desarrolla en torno a una idea central		
Conclusión	Se reafirma la tesis del emisor		
Párrafo	Todos los párrafos del desarrollo reproducen las secuencias discursivas predominantes en el otro texto.		
Diálogo	Todas ideas del desarrollo se oponen a las planteadas en el otro texto.		
Argumentación	Todos los párrafos apoyan la tesis del emisor		
Aspectos formales	Ortografía impecable		
	Utiliza correctamente los mecanismos de cohesión		

Comentarios: (escribe aquí una fundamentación para los indicadores que marcaste como ausentes)
